—Concluyamos con las palabras de un impío, de Rouseau: "La muerte de Jesucristo es la muerte de un Dios".

***

He terminado, señores, y eso á mi pesar, para no abusar tanto de vuestra atención.

¡Gloria, honor y alabanza y adoración á Jesucristo en los siglos de los siglos!

CONFERENCIAS

SOBRE HISTORIA ECLESIASTICA
PREDICADAS EN EL

Templo de Sta. Mónica

DE ESTA CIUDAD, POR EL SR. PRESBITERO BR.

D. JOSÉ SALOME GUTIÉRREZ.

(PROPIEDAD DEL SEMINARIO)

GUADALAJARA
TIPOGRAFIA DE "EL REGIONLA".—D. JUAN MANUEL Y ALHONDIGA.
1908.

(Vs. 16 y 17) que así perifrasea Ráulica: «Si Jesucristo no ha resucitado, es porque no ha podido triunfar de la muerte, que es un efecto del pecado; mucho menos habría podido triunfar del pecado mismo, que es la causa de la muerte»; y si no hemos sido libertados, estamos bajo el yugo de la culpa, y Jesucristo no es Dios, y su religión es impostura, superstición y mero absurdo.

Las pupilas de la historia ven menos que los vendados ojos de la fé. Aquellas en su reducido campo de observación, hallan hechos que apenas se pueden amplificar ¡son tan pequeños! pero la Resurrección se les presenta con la fúlgida claridad de un sol cuya magnitud no tiene igual, y se impone la necesidad de comprobarla. Schelling ha escrito: «La Resurrección del Mesías es el suceso decisivo de toda una grandiosa historia. El hombre que se coloca en el punto de vista ordinario no la entiende. Hechos como éste de la Resurrección son rayos que rasgan las nubes y descubren lo más verdadero é íntimo de la historia. Borrar semejantes hechos es quitar á la historia el alma y dejarle solamente la cubierta exterior que la envuelve; el fondo, el valor y la substancia desaparecen una vez suprimido este acontecimiento: en tal caso la historia, despojada del elemento divino, se convierte en un desierto, en un abismo, en un sepulcro vacío».

Por eso Baur, de lamentable memoria, mostró bien que de filósofo no tenía sino el nombre, al afirmar que «la historia exige no tanto la realidad de la Resurrección, cuanto la realidad de su creencia..... Lo que importaba era que fuese un hecho para la conciencia de los Apóstoles».

Tan necia afirmación es reprendida por Mir y Noguera en estos términos: «El discurso de Baur es contrario á las reglas de la sana lógica. La razón humana, ni la conciencia pudieran quedar satisfechas mientras no conste que Cristo resucitó; porque caso de que no resucitase ¿qué persuasión era poderosa á fundar, propagar y arraigar la creencia de un hecho imaginario y de ninguna manera acaecido? La fé no se paga de fantasía; si de fantasía vive, su vida es efímera, limitada, á dos dedos táes

su total ruina y fallecimiento. La cuestión versa sobre si hubo ó no hubo Resurrección real y verdadera».

Aquí los sabios incrédulos, cogidos á fuego cruzado y mortíferamente certero, no atinan con táctica que los salve. El hecho de la Resurrección?—Lo niegan! Y ¿el hecho de la creencia?—Los aplasta, porque no pueden negarlo y por ser dependiente del primero.

Y crece la dificultad de explicar la creencia sin el hecho histórico de la Resurrección, si reflexionamos, aunque sea someramente, sobre los obstáculos que á la predicación apostólica oponía el estado miserable de aquellas sociedades, caídas en abismos de errores, que los sabios modernos aun no saben evitar. ¿Cuáles eran?—Las doctrinas de los filósofos, todas contrarias á la resurrección de los muertos. «La razón antigua no imaginó más que tres sistemas para explicar el origen del mundo; estos son el *Dualismo*, el *Panteismo* y el *Materialismo*; pero la consecuencia de estos tres sistemas, respecto á la condición del hombre después de su muerte, es una misma. Según los dualistas, muerto el hombre, va á confundirse en la materia eterna; según los panteistas, es absorvido en la substancia única y según los materialistas queda reducido á átomos, de que ha sido formado por el movimiento casual. De suerte que, según estos sistemas, no queda nada del hombre después de su muerte, no solamente de lo que constituye su substancia material, sino también su substancia intelectual». Así el filosofismo pagano hacía imposible la idea de la resurrección y vemos que los areopagitas se burlaron de S. Pablo que de ella les hablaba. No olvidemos que, aun en el pueblo judío, los saduceos negaban la resurrección. Y sin embargo, el hecho de la creencia subsiste en millones de almas, que la sostienen con robusta afirmación contra los desdichados que viven delirando en voluntarias tinieblas. La Resurrección ha sido, pues, un hecho histórico. Recordad los testimonios de Josefo y Tertuliano, alegados en la Conferencia anterior, ellos prueban también la realidad de la Resurrección.

¿Cómo explicarse la ceguedad de aquellos que la niegan? ¿Qué razones serán las suyas, tan poderosas y gra-

ves, que los hacen ver con desdeñosa mirada la creencia de los siglos?

Antes de ocuparnos en argumentos de impíos que siquiera esgrimen el arma de su falsa ciencia, dejemos marcado el rostro de Juan Jacobo Rouseau, dándole un golpe ignominioso, por fatuo y por irreverente. El no acepta la Resurrección por el motivo siguiente: «No tengo noticia de ese milagro.....sino por hombres. ¿Quién ha visto tal milagro? Hombres. ¿Quién me lo refiere? Hombres. Siempre hombres entre Dios y yo! ¿No era más sencillo que me hablara el mismo Dios?»—Presuntuoso blasfemo ¿quién eres tú para trazarle caminos al Altísimo? Y ¿qué sabrías tú sin el testimonio de los hombres? Ignorarías aun la hora en que naciste.

No con tan repugnante crudeza, pero sí, pretendiendo que Dios no atinó con los medios más aptos y á propósito para glorificar á Jesucristo en su Resurrección, Strauss y otros la niegan, porque no se realizó en las condiciones que ellos señalan, sino en las que narra la Escritura.

Si Jesucristo hubiera resucitado—dicen—¿se habría contentado con aparecerse á sus discípulos, que ya creían en El? ¿No debía más bien aparecerse á sus enemigos, para curarlos de su incredulidad? ¿Por qué no se apareció en las grandes ciudades? ¿Por qué no mostró su gloria á todo el mundo?—Pero hallan que Jesucristo no se acomodó á semejantes caprichos, y violando todas las leyes de la sana razón, formulan así su argumento: No sucedió como nosotros queremos: luego es mentira, es mito, es fábula y no pertenece á la historia como hecho. Consecuencia indigna hasta de quien apenas alcanzó á ser hombre por escaséz de luz intelectual, y que, no obstante, la deduce también, como hemos dicho ya, el corifeo del criticismo, Mr. Strauss: así humilla Dios á los soberbios.

La Luzerne les apostrofa con la energía que suele «¿A quién se quiere que Jesucristo estuviera obligado á manifestarse con evidencia? ¿A quién? ¿A aquel Gobernador cobarde que lo había condenado contra su misma conciencia? ¿A aquel ligero y voluptuoso Herodes que tan indignamente se había burlado de El? ¿A aquellos sacerdotes, doctores y fariseos, que no cesaron de perseguirlo hasta

que, con sus intrigas y calumnias, lo hicieron conducir al Calvario? ¿A aquellos judíos furiosos, que estando colmados de beneficios suyos, habían pedido á gritos su muerte, y deseado que cayera su sangre sobre ellos y sus hijos? ¿Por qué título eran acreedores estos malvados al favor de la aparición de Jesucristo? Pretender que Dios deba derramar sus gracias con mayor profusión sobre los más indignos y multiplicar las pruebas de la fé á proporción de la resistencia que se haga para admitirla, es injusto y fuera de razón»—Y Frayssinous añade: "Quisierais que Jesucristo en cierto modo hubiera hecho enmudecer á sus enemigos con el resplandor irresistible de su presencia gloriosa; pero es lo que precisamente El no quería. Si quiere que la fé tenga fundamentos, para que sea racional, quiere también que sea libre, para que sea meritoria".

El desalmado Renán niega la Resurrección y solemnemente dice á Jesucristo: *¡Duerme en paz!* pero la paz no estaba en el espíritu de Renán, que debía explicar el hecho de la creencia en la Resurrección, fundamento de la inmensa difusión del cristianismo. No le agradaron los efugios utilizados por otros y buscó uno de su propiedad exclusiva, para que nadie le disputara su gloria.....de insensato.

Aherroja el entendimiento y desenfrena la fantasía. Según él, María Magdalena es el todo en la Resurrección y establecimiento del Cristianismo. "Dotada de vivísima imaginación, yendo al sepulcro y viendo la losa levantada y el cuerpo quitado, abrió la puerta á la esperanza y no vió la hora de ganar las albricias y de participar á los Apóstoles la extraña novedad. Pedro y Juan no sufren tardanzas, van, entran, examinan, y luego se vuelven, dejándola preocupada con este pensamiento: *¿dónde lo pusieron?* Arrebatada sobre sí misma, suspensa ante la extrañeza y el deseo, varias especies iban y venían en su alma. Con ellas empezó la fantasía á devanear, y componiendo una idea con otra, y levantando nuevas imágenes suministradas por la vehemencia del amor y haciéndolas bullir con viveza.....al fin llegó á fingir una artificiosa figura de su Maestro, en forma gallarda y gentil, la cual, adormecidas por el frenesí del éxtasis las fuerzas naturales, pasó en su

Sexta Conferencia.

Resurrección.

Señores:

La gloria de Jesucristo es única y de singularidad tan absoluta, que á El solamente corresponde: *singulariter sum ego donec transeam.* (*Psalms.*) Nadie osará levantarse á reclamarla para sí ni para otro: encarnación, nacimiento, vida, portentos, muerte, divino es todo; y, como la Divinidad sea incomunicable, lo es también el esplendor que circunda al Verbo hecho hombre, á Jesucristo. La historia no registra, ni en sus futuros anales referirá otro acontecimiento que á sombra llegue siquiera de una resurrección, por virtud propia y claramente anunciada, que es gloria personalísima del Triunfador del pecado y de la muerte.

Siendo la Resurrección un dogma de fé, que confesamos en los Símbolos, pertenece, al mismo tiempo, á la historia, que la demuestra invictamente. En el orden de la fé tiene tal importancia, es tan esencial y en tan sumo grado necesaria, que S. Pablo ha dicho: «Si Jesucristo no ha resucitado, es vana nuestra predicación é inútil vuestra fé» (I. Cor. XV, 14), lo cual repite en el mismo lugar